

STEPHEN R. LAWHEAD

TALIESIN

CICLO PENDRAGON I



El príncipe Taliesin reunía toda la grandeza humana, nobleza y bondad, mansedumbre majestad y sinceridad, cautivaba a los más encumbrados personajes con sus poemas y canciones. Ésta es una historia que abarca dos mundos, un sueño que canta en el corazón, un amor que engendra el milagro de Merlín... de Arturo... y un destino que es más que un reino.

Para Brad y Nancy

Diez anillos hay, y nueve torques de oro
ceñían el cuello de los antiguos jefes;
ocho son las nobles virtudes, y siete los pecados
por los que un alma perece;
seis suman el cielo y la tierra,
y todo lo dulce y valiente que ambos contienen;
cinco son los barcos que zarparon
de la Atlántida fría y disipada;
cuatro reyes de las Tierras Occidentales se salvaron,
y tres los reinos que ahora se alzan;
dos se unieron por amor y temor,
en el reino de Llyonesse al amparo de sus montañas;
sólo existe un mundo, un Dios y un comienzo,
enseñó a los druidas la noche estrellada.

S. R. L.

Libro uno:
Un regalo de jade

1

Ya no voy a llorar más por los muertos, dormidos en sus líquidas sepulturas. Ya no tengo lágrimas para llorar por mis años jóvenes en el templo del berrendo. La vida bulle en mí y no seguiré lamentándome por lo que fue o podría haber sido. El mío es un sendero diferente y debo seguirlo hasta donde me lleve.

Pero desde mi elevada ventana contemplo campos de trigo madurando para la siega. Se ondulan como un mar dorado y entre el susurro de sus hojas secas escucho de nuevo las voces de mi gente que me llaman a través de los años. Cierro los ojos y los veo ahora tal y como los recuerdo de tiempo atrás. Están ante mí y me trasladan de nuevo a los tiempos felices, cuando eramos jóvenes y el cataclismo no había caído sobre nosotros, antes de que Throm apareciera con espantosas profecías quemándole en los labios.

Transcurría un período de paz en toda la Atlántida. Los dioses estaban satisfechos y las gentes prosperaban. Nosotros, los chiquillos, jugábamos bajo el dorado disco de Bel y nuestros miembros se fortalecían y bronceaban, cantábamos a la hermosa Cybel, la siempre-cambiante, para que nos otorgara felicidad, y nuestros días se sucedían en una tierra rica en comodidades, mientras pensábamos que siempre sería así.

Las voces de los difuntos me hablan.

—Cuenta nuestra historia —dicen—. Merece ser recordada.

Obedezco, tomo mi pluma y empiezo a escribir. Quizás al plasmar el relato alivie el tedio de los largos meses de confinamiento. Quizá mis palabras obtendrán un poco de esa paz que me ha sido negada durante toda mi vida.

En cualquier caso, no tengo otra cosa que hacer; estoy cautiva, prisionera en esta casa. De modo que escribiré; para mí, para aquellos que vendrán después y para las voces que piden a gritos que no se las olvide.

Al palacio real le llamaban la Isla de las Manzanas a causa de los bosquecillos de manzanos que cubrían las laderas que conducían a la ciudad que se extendía a sus pies. Y, a decir verdad, cuando todo estaba florido, el palacio del rey Avallach parecía una isla que flotara por encima de la tierra, sobre nubes rosas y blancas. En los manzanales del rey crecían en abundancia dorados frutos, más dulces que la miel de los colmenares de los altos prados, y la amplia avenida que atravesaba el centro de Kellios hasta llegar a la costa bañada por el mar se hallaba también bordeada de estos árboles.

En una elevada terraza que miraba al mar, Charis, apoyada contra una columna, contemplaba los tejados de la ciudad, mirando cómo el sol centelleaba sobre las láminas rojas y doradas de batido oricalco y escuchando el susurrante arrullo del arpa eolia al ser tañida por el viento. Soñolienta, y algo embriagada por la fuerte fragancia de los manzanos en flor, dejó escapar un bostezo y volvió su lánguida atención al cálido azul del puerto en forma de media luna.

Tres barcos, con las velas de color verde hinchadas por la brisa, se deslizaban lentamente hacia el interior de la ensenada de Kellios, dejando una estela de diamante tras ellos. Charis los vio inclinarse, vaciar sus velas y resbalar plácidos hacia el embarcadero. Las robustas chalupas del

capitán del puerto se dirigían ya hacia ellos para asegurar los cabos y guiarlos hasta el amarradero.

Kellios era una ciudad bulliciosa; no demasiado grande —no tanto como la magnífica Ys, ciudad de templos y astilleros situada en Koran, ni tampoco como la ciudad-mercado de Gaeron, en Hespera— pero sí dotada de una profunda bahía a la que comerciantes de todos los reinos arribaban con frecuencia en busca de provisiones para viajes más largos hacia el sur y el este a través de aquella enorme extensión de agua que los marinos llamaban Oceanus.

Carros y carretas, estas últimas cargadas con los productos de los campos de los alrededores de Kellios o con mercancías de otros reinos, atravesaban las calles y avenidas desde primeras horas de la mañana hasta el anochecer. De los puestos del mercado se elevaba incesante el bullicio del comercio: se establecían valores, se fijaban precios y se cerraban tratos.

En la cima del montículo del templo situado en el centro de la ciudad, se elevaba el edificio sagrado: una réplica en miniatura del Monte Atlas, hogar de los dioses. De los fuegos de sus numerosos altares ascendían eternamente columnas de humo perfumado procedentes de los costosos sacrificios que los magos celebraban día y noche, y de los establos situados bajo el templo surgía el mugido de los toros sagrados, que ofrecían sus voces a los dioses, de la misma forma en que un día su carne y su sangre servirían de ofrenda.

Junto al templo estaba la plaza de toros, un enorme ruedo ovalado unido a los establos por un túnel subterráneo. Dentro de pocas horas, el primer bóvido sería conducido a través de aquel pasadizo hasta el foso, y la danza sagrada daría comienzo. Por el momento, la arena permanecía vacía y en silencio.

Charis suspiró y se dio la vuelta para refugiarse de nuevo en el umbrío y fresco corredor, haciendo resonar sobre la piedra pulida el repiqueteo de sus sandalias. Subió la

amplia escalinata situada al final del pasillo, y fue a parar al jardín situado en el tejado. Una ligera brisa agitaba las amplias hojas de las esbeltas palmeras que lo bordeaban, una junto a la otra, en sus relucientes receptáculos de oricalco. Loros azules parloteaban y chillaban por entre los apiñados datileros, mientras los quetzales se alisaban con el pico su plumaje irisado encaramados a las parras que rodeaban las decorativas columnas. Muy cerca de allí, dos leopardos dormitaban a la sombra, sus moteadas cabezas descansaban sobre las patas delanteras. Uno de ellos abrió un perezoso ojo dorado cuando ella pasó por su lado, luego lo volvió a cerrar y rodó sobre su espalda. Una fuente chapoteaba en el centro del jardín, rodeada de afiladas columnas de piedra esculpidas con símbolos solares y amuletos.

En sus aguas frías y transparentes flotaban flores recién cortadas y diferentes clases de cítricos; además, elegantes formas de varios cisnes negros se deslizaban sobre su superficie, serenos, con sus cuellos curvados en un gracioso arco. Charis se acercó y tomó un puñado de comida de una ánfora cercana, se sentó en el amplio reborde del estanque y esparció un poco de alimento mientras los cisnes chapoteaban hacia ella para recogerlo, empujándose unos a otros y alargando sus largos cuellos hacia adelante como si fueran serpientes.

La muchacha regañó a las aves por su grosero comportamiento mientras éstas batían las alas y se lanzaban silbidos entre ellas; luego, les arrojó el resto de la comida y se lavó las manos en el mismo estanque. El agua resultaba tentadora, y consideró la posibilidad de quitarse la falda plisada y darse un baño, pero se contentó, en su lugar, con remojar sus pies y humedecerse las mejillas con las manos.

Cogió del estanque una mandarina que flotaba y empezó a pelarla, luego se llevó a la boca la primera de sus doradas porciones mientras cerraba los ojos al sentir cómo su jugo agridulce se esparcía por su lengua. Los días resultaban largos y muy parecidos, con muy pocos detalles que

diferenciasen uno de otro. Pero hoy, al menos, existía la expectativa de la danza del toro y, al anochecer, el sacrificio.

Aquellas diversiones daban a su vida una momentánea emoción. Sin ellas, Charis sentía que la implacable monotonía de la vida en el palacio acabaría volviéndola loca. De vez en cuando imaginaba que le gustaría escapar, disfrazarse y viajar por las colinas, descubrir cómo vivían los sencillos vaqueros y sus familias; o quizá tomar un bote y recorrer las costas para visitar diminutos pueblecillos pesqueros, bañados por el sol, y aprender el ritmo del mar.

Por desgracia, emprender cualquiera de estos planes significaba entrar en acción, y lo único más palpable que el aburrimiento que soportaba era la inercia que se cerraba a su alrededor como un puño gigantesco. La total imposibilidad de cambiar su vida, excepto en los detalles más mínimos, la mantenía sumida en una total abulia.

Suspiró otra vez y regresó al corredor, deteniéndose un momento para coger un girasol de una mata cercana, al que empezó a arrancar los delicados pétalos amarillos con aire ausente. Los dejó caer uno a uno, como si se tratara de días transcurridos, y revolotearon desde su mano hasta el suelo.

Al entrar en el largo pasillo que conectaba el gran salón con los aposentos reales vio una figura alta y majestuosa que caminaba delante de ella.

—¡Annubi! —llamó mientras arrojaba al suelo los restos de la flor—. ¡Annubi, espera!

El hombre se volvió envarado y la miró, su rostro solemne mostraba una expresión preocupada.

Annubi era el adivino y consejero del rey, al igual que lo fuera del padre de Avallach, y del padre del padre de Avallach. Una íntima amistad lo unía a Charis desde que ésta podía recordarlo; a diferencia de todos los sirvientes de su padre, Annubi siempre había encontrado tiempo para satisfacer la curiosidad de la muchachita.

Muchas tardes calurosas y soporíferas, cuando el disco de Bel calentaba la tierra y todos los seres desaparecían en busca de un lugar fresco donde dormir, la pequeña Charis había sacado a Annubi de su sofocante celda para que paseara con ella bajo las sombras azuladas del pórtico de columnas, y éste le contaba historias de reyes desaparecidos hacía mucho tiempo y la instruía en las complejidades del arte de la adivinación.

—Es una habilidad que resulta muy útil para una princesa —le aseguraba—, si se practica con discreción, claro está.

Pero la muchachita había crecido, y el afán de saber se había desvanecido o dormía en algún rincón oculto de su espíritu.

—¡Ah, Charis! —exclamó, desfrunciendo momentáneamente el entrecejo—. Eres tú.

—No tienes por qué ser tan brusco, Annubi —repuso ella, acercándose despacio—. No retrasaré tus recados tan importantes. Sólo quería preguntarte quién ha venido. —Le tomó de la mano en un gesto de familiaridad y ambos siguieron andando por la galería.

—¿Qué es lo que te ha sacado de tu letargo?

—El sarcasmo no es un atributo real. —La muchacha imitó su severa expresión. Normalmente, aquella actitud le divertía, pero hoy, sin embargo, Annubi la miró hosco por debajo de sus enormes cejas.

—¿Has utilizado la piedra de nuevo sin que yo estuviera allí?

Ella se echó a reír.

—No necesito ninguna piedra tonta para observar lo que tengo delante de los ojos. Vi los barcos internarse en el puerto. Y el palacio parece una tumba de tan silencioso.

Los labios de Annubi esbozaron una sonrisa.

—De modo que por fin has accedido al primer principio: la clarividencia no sustituye a un ojo perspicaz.

—¿Me estás insinuando que la adivinación no me hubiera descubierto más? —preguntó Charis.

—No, criatura. —El adivino sacudió la cabeza despacio—. Pero ¿por qué preocuparte en aprender la segunda visión si no utilizas la primera?

—¡Pensaba que la Lia Fail lo veía todo!

Annubi se detuvo y se volvió hacia ella.

—No todo, Charis. Sólo una porción muy pequeña. —Alzó un dedo admonitorio—. Si esperas ser una buena adivina alguna vez, nunca esperes que la piedra te revele lo que debieras haber sabido por tus propios ojos. —Hizo una pausa y volvió a sacudir la cabeza—. ¿Por qué te cuento estas cosas? En realidad no te interesan.

—Sea como sea, no has contestado a mi pregunta.

—Los barcos son de tu tío. En cuanto a tu siguiente cuestión, por qué han venido, ¿no lo adivinas?

—¿Está Belyn aquí?

—No he dicho eso.

—Me parece que apenas dices nada.

—¡Piensa! ¿En qué año estamos?

—¿Qué año? —Charis parecía perpleja—. Es el Año del Buey.

—¿Qué año?

—Pues, el 8556 desde el principio del mundo.

—¡Bah! —El adivino hizo una mueca—. Déjame estar.

—¡Oh, Annubi! —Charis le tiró de la manga—. ¡Dímelo! No conozco la respuesta que tú esperas.

—Es el séptimo año...

—¡Año de consejo!

—Un año de consejo, sí, pero más exactamente, de un séptimo consejo.

El significado de sus palabras se le escapó a Charis de momento. Contempló a Annubi sin comprender.

—¡Oh, arrójate al mar y déjalo correr!

—El séptimo siete —entonces lo comprendió—. ¡El Gran Consejo! —exclamó.

—Sí, el Gran Consejo. Muy astuta, princesa —se burló.

—Pero ¿por qué habría de venir mi tío a causa del Gran Consejo? —se inquirió la muchacha.

Annubi encogió sus delgados hombros.

—Supongo que algunos asuntos conviene estudiarlos en privado antes de hacerlos públicos. Belyn y Avallach están muy unidos, tanto como pueden estarlo dos reyes hermanos. Pero son reyes, y ¿quién puede conocer los motivos del corazón de un rey?

—¿Existen problemas entre nuestro pueblo y el de Belyn?

—Te he contado todo lo que sé.

—¡Oh! ¿Cuándo te desprendiste de algo que no fuera el más diminuto de los granos de tu enorme almacén?

El adivino sonrió con malicia.

—Un poco de incertidumbre mantiene a todo el mundo despierto.

Habían llegado a la entrada del gran salón. Dos ujieres de palacio montaban guardia ante las brillantes y enormes puertas de cedro. Al acercarse Annubi, uno de ellos se cuadró y tiró de un cordón trenzado; la puerta se abrió sin ruido. El adivino se volvió y dijo:

—Se acabó la charla sobre el arte de ser rey por hoy. Regresa a tus sueños, Charis.

Penetró en el gran salón; la puerta se cerró y la joven se quedó fuera preguntándose qué se urdiría allí dentro.

Contempló las puertas durante unos segundos, luego se alejó. «Annubi me trata como a una niña», murmuró para sí. «Todo el mundo lo hace. Nadie me toma en serio. Nadie me cuenta nunca nada. ¡Ah!, pero yo conozco una forma de averiguarlo». Se volvió y contempló de nuevo las puertas cerradas, como un desafío a su ingenuidad. «¿Debería hacerlo?», se preguntó. Cuando alcanzó el final del corredor, ya tenía tomada su decisión.

Moviéndose a hurtadillas como una ágil sombra por el oscuro laberinto de habitaciones y pasillos de la parte inferior, Charis llegó por fin ante una estrecha puerta roja. La estancia se hallaba iluminada por una única lámpara que pendía de una cadena, junto a la puerta. Con movimientos expertos extrajo una vela de una cesta de mimbre, la encendió en la vacilante llama de la lámpara y se acercó a la mesa redonda que ocupaba el centro de la sala, sobre la cual, descansando sobre una base de oro cincelado, estaba Lia Fail, una piedra de oscuro y turbio cristal de un tamaño y apariencia aproximados a los de un huevo de avestruz. Charis colocó la vela en un soporte, tendió las manos en dirección a la forma ovalada y miró dentro de ella. Las venas de la piedra eran oscuras, como humo azul, y turbias, como las aguas cenagosas del río Koran; representaban, según las palabras de Annubi, el misterio de las posibilidades y la fértil densidad de las oportunidades.

Ordenó sus pensamientos tal y como se le había enseñado, cerró los ojos y recitó el conjuro para ver, una vez, y luego dos veces más. Poco a poco, sintió cómo la piedra se calentaba bajo sus manos. Al abrir los ojos, vio que las venas color humo se habían afinado, convirtiéndose en volutas transparentes que parecían retorcerse y danzar como la niebla marina al ser rozada por los primeros rayos del sol.

—Piedra vidente —la invocó—, busco saber lo que va a ser. Mi espíritu está inquieto. Muéstrame algo... —Hizo una pausa para analizar la mejor manera de expresar su petición—. Sí, muéstrame algo sobre viajes.

Recordó la orden de Annubi de ser siempre discretamente imprecisa al dirigirse a la piedra profética. «El vidente se acerca a la piedra para recibir información, no para dar órdenes», había señalado Annubi a menudo. «Por lo tanto, en señal de respeto hacia los servidores del destino, uno debe proponer su solicitud de forma vaga, para no parecer presuntuoso. ¡Piensa! ¿Qué es la oportunidad sino posibilidad encarnada? ¿Rehuirías un ramo porque buscas

una sola flor? Siempre conviene permitirle a la piedra que sea generosa».

Las brumas que había en el interior del huevo de cristal se arremolinaban y tomaban confusas formas. Charis estudió las sombras, con la frente arrugada en un gesto de concentración, y enseguida definió aquellas siluetas: una procesión de caballos y hombres que recorría una larga avenida poblada de árboles; parecía un cortejo real, ya que lo encabezaban tres carros, cada uno tirado por troncos de dos parejas de corceles negros, portando una pluma negra sobre sus respectivas cabezas.

«¡Uf!», pensó Charis. «Un desfile aburrido. En absoluto semejante a lo que imaginaba mi mente. Debería haber preguntado por el consejo».

Los vagos perfiles se disolvieron entonces y Charis pensó que la piedra se enturbiaría, pero, en su lugar, las formas se alteraron y percibió una carretera, y en ella, con sus robustas piernas golpeando con fuerza el suelo a cada paso, a un hombre que no se parecía en nada a ninguno que hubiera visto jamás: una figura de aspecto horroroso, con el cuerpo cubierto de pieles, su rostro áspero y barbudo quemado por el sol y su pelo mugriento y enmarañado. Este hombre terrible llevaba un largo bastón que balanceaba al andar y en cuya punta ardía un fuego amarillo.

La visión se desvaneció y la piedra se quedó fría una vez más. Charis recuperó su vela y la llevó hasta la entrada, donde la apagó de un soplo para dejarla de nuevo en la cesta. Luego tiró de la puerta esmaltada para abrirla, salió al pasillo y se escabulló a toda velocidad.

El rey Avallach saludó a su hermano sin ceremonias, mientras los senescales ofrecían jofainas de agua perfumada y paños de hilo para reparar la fatiga del viaje. Sirvió vino y ambos tomaron sus copas y pasearon por uno de los pe-